

**LÓPEZ HERNÁNDEZ, Marcela: *Vocabulario de la obra poética de Miguel Hernández*, Universidad de Extremadura, 1992, 716, págs., 17 x 24 cms.**

Francisco Martínez García

*Premisa*

Comienzo a escribir estas líneas la tarde en que agoniza el año 92, cincuentenario de la muerte del poeta Miguel Hernández Gilabert. A su memoria, y en honor suyo, se han realizado actos de diverso tipo, desde la celebración de congresos hasta la lectura de sus comunicaciones, pasando por la publicación de artículos -más o menos largos y dignos-, y libros. Entre éstos, brilla con luz propia y solitaria -porque eclipsa toda otra luz- el que va a ser objeto de las páginas que siguen. Poco van a nutrir el homenaje. Espero, no obstante, que la maquinaria del recuerdo actúe de forma intensa y logre que la memoria del poeta de Orihuela se haga presente entre nosotros de la única y soberana manera que aún es posible: la de permitirnos goza de la supervivencia inmarcanta de su poesía, avivada por el aliento poderoso y eficazísimo de la obra de Marcela López.

Aparte del Prólogo de Gregorio Salvador, suma de objetividad estricta y cota superior de valoración técnica, tan sólo he leído sobre este *Vocabulario* un comentario/reseña de Cristóbal Cuevas quien, ante la evidencia textual y apoyándose en bien fundados motivos, se ve suave y fuertemente compelido a emitir también un juicio valorativo de encarecido encomio. Al lado de tan excelentes estudiosos, ¿qué haré yo para ser grato a mis propios ojos? Bien poca cosa: mostrar a mi lector algunas anotaciones objetivo-descriptivas y crítico-personales, nacidas las unas espontáneamente del libro mismo, y las otras, casi espontáneamente, de su lectura -no completa, como es lógico, que no es libro éste para leer de corrido de principio a fin como una novela o un poema-. Son éstas.

*Anotación Primera*

Detrás del ya aludido "Prólogo" (pp. 9-10) del académico Gregorio Salvador, y antes del vocabulario alfabético, la autora expone, en pocas páginas y con sobriedad extrema, unas "Advertencias para el manejo de este Vocabulario", una "Bibliografía", una "Lista de títulos abreviados", las "Abreviaturas utilizadas en este Vocabulario", y "Signos".

En las "Advertencias para el manejo de este Vocabulario" (pp. 11-13) nos informa: de la edición de la poesía de Miguel Hernández que ha utilizado como libro de trabajo -es la de Leopoldo de Luis y Jorge Urrutia, 1976-; de la forma concreta de citar los textos; del propósito u objetivo del trabajo -"hacer un vocabulario completo y exhaustivo del léxico de Miguel Hernández",

aunque el "estudio se centra especialmente en los sustantivos, adjetivos, verbos, adverbios e interjecciones" (que son cuantificados todos y recogidos en cada una de sus acepciones), quedando fuera de cuantificación, pero no de estudio, los artículos, pronombres, preposiciones y conjunciones-; de cómo las "acepciones" de cada vocablo pueden ser una o varias, según el tratamiento que el vocablo reciba en la obra hernandiana -desde el simplemente usual o denotativo, hasta el connotativo, figurado o metafórico, ofreciendo, en cada caso, la autora su interpretación personal y de cómo a cada acepción, definida adecuadamente, acompañan uno o dos ejemplos textuales debidamente referenciados-; de cómo sustantivos y adjetivos son alfabetizados por el masculino singular -forma a la que se incorporan, numeradas, las acepciones pertinentes-, no quedando, sin embargo, olvidados los femeninos, ni los masculinos y femeninos plurales, ni las frases adverbiales: a cada uno de estos grupos se concede un apartado diferente, para facilitar su consulta; de cómo los verbos son alfabetizados por el infinitivo y a él son incorporadas, numeradas también, todas las acepciones, sin olvidar el desglose en tiempos verbales, con sus ejemplos y citas correspondientes, ni las frases adverbiales, modismos y locuciones del verbo debidamente documentadas; de cómo las abreviaturas son las usuales y están tomadas del DRAE en la mayoría de los casos, y de cómo los signos, aunque pueden resultar familiares, tienen, dentro del *Vocabulario*, una función que responde a un código muy distinto del habitual, puesto que se trata de salvar escollos, necesariamente emergentes en estudios de esta índole, clarificando citas y puntualizando detalles de interpretación; de cómo, aparte de las que Leopoldo de Luis y Jorge Urrutia subsanaron con posterioridad a la edición sobre la que ha sido construido este *Vocabulario* la autora corrige otras erratas con las que se ha topado al descifrar, palabra por palabra, los textos de Miguel Hernández -y ofrece un elenco de ellas al final del libro (pp. 710-711)-; y, en fin, nos informa de cómo en la obra de Miguel Hernández se encuentran formulaciones léxicas no registradas ni en el DRAE ni en el *Diccionario* de María Moliner, y de cómo, para que este *Vocabulario* contenga *todas* las palabras de la obra poética hernandiana, la autora ha confeccionado, y presenta, un inventario de ellas (pp. 701-707), lo que no significa su exclusión del *corpus* del *Vocabulario*.

La "Bibliografía" (pp. 16-16) es extremadamente escueta. Se resuelve en dos apartados: uno dedicado a "Ediciones consultadas" -cinco entradas-; y otro a "Diccionarios y Vocabularios" -veintiuna entradas-. Es, por tanto, un bibliografía esencial; pero, también, es completa, atendiendo al enfoque que se da al estudio.

La "Lista de títulos abreviados" (p. 15) es brevísima -cinco abreviaturas-. No se necesitan más.

En cambio, las "Abreviaturas utilizadas en este Vocabulario" (pp. 19-22) son numerosísimas -ciento ochenta y cuatro, s.e. o c.-. Todas son

necesarias para la comprensión de un texto densísimo al que se logra, así, aligerar, economizando "letra"; algo normal, por otra parte, en cualquier diccionario, como la autora advierte (p. 12).

Finalmente, los "Signos" (p.23) son seis -numeración de las acepciones y apartados, comillas, punto y coma, coma alta, paréntesis cuadrado, y barra- y se indica la misión que se les ha confiado en el trabajo.

De esta somera descripción objetiva se desprenden algunas consecuencias. Señalo tres que, por resumirse en una de entidad primordial, me parecen fundamentales. Ante todo, el campo u *objeto* de estudio está rigurosamente señalado y acotado. Luego, se expone con total nitidez el *método*, es decir, el conjunto de operaciones llevadas a cabo según reglas, sometidas a reaplicabilidad o recurrencia normativa. Y, después, existe un *lenguaje* que utiliza el método y lo aplica al objeto de manera adecuadamente formalizada -exenta de contradicción, con máxima economía o simplicidad, y exhaustiva-. Sabido es que estos elementos -o condiciones-, bien conjugados, "hacen" ciencia. Parece una verdad de Perogrullo, pero es mucho más que eso, y a mí me parece una obligación de honestidad profesional destacarlo.

#### *Anotación segunda*

Todo diccionario es una democracia, jerarquizada únicamente por el orden del alfabeto, en la que conviven, en un equilibrio ejemplar de derechos y deberes, las palabras de la lengua. El vocabulario de la obra de un escritor es, por ello, un diccionario en el que conviven, en un texto no equivalente espacial ni simétricamente al texto de la obra, las palabras que constituyen los bloques extraídos selectivamente de la cantera de la lengua en que esa obra está escrita. Esto es el *Vocabulario* de Marcela López, con las excepciones/matizaciones que ella misma señala. Pero esta constatación, tan sencilla y fácilmente expresada, supone cosas no tan sencillas ni fáciles de detectar, pero que son realidades asimiladas por la autora e implicadas activamente en el texto de su obra.

Está implicada, por integración/incorporación necesaria, una teoría general del lenguaje, entiéndase ella en sentido clásico normativo, entiéndase en sentido funcional -tan de moda en algunos escritos teóricos actuales-, entiéndase en sentido glosemático -con los niveles de signo que Hjelmslev consagró-.

Está implicada una teoría endogámico-comparatista, ya que al *Vocabulario* puede atribuírsele el rango de auténticas "Concordancias". Nadie ignora que éstas eran registros alfabéticos de todas las palabras de la Biblia, con indicación del lugar en que se encuentran; las primeras "Concordancias" conocidas son las de Hugo de Santo Caro, en el siglo XIII, y las hubo en hebreo, en griego y, por supuesto, en el latín de la Vulgata; las más completas era/son las de Peultier-Etienne-Gantois, en el *Cursus Sacrae*

*Scripturae*, de los jesuitas; pero tenían justo crédito las de F.P. Dutripon (París, 1838), lo mismo que las abreviadas de V. Cornaert (Ratisbona, 1909) y las de De Raze (París, 1939; Barcelona, 1951). Las "Concordancias", como es fácil suponer, eran de gran utilidad para exegetas, predicadores y escrituristas en general. Con esta cuña erudita quiero decir que el *Vocabulario* de Marcela López se constituye en el Libro de Concordancias de la obra poética de Miguel Hernández, pero de unas concordancias que no se reducen a señalar lugares paralelos, sino que dan una explicación, incluso una interpretación de todos los pasajes, breves o largos, que la precisan ¿Por qué?

Porque queda implicada, como cimiento fundamental, una sólida teoría poético-literaria (Poetología) de sentido común -que, por otra parte, puede explicitarse en cualquiera de las diversas formulaciones que las diversas tendencias hacen proliferar frondosamente-, en especial en lo que al sentido figurado se refiere. El *Vocabulario* es un diccionario de traducción intralingual en el que la metáfora, por ejemplo, queda confirmada como la reina de las figuras poéticas; y lo mismo les ocurre, en su nivel, a las demás figuras, a los neologismos, etc.

La raíz profunda que hace posible, que ancla, y que alimenta estas afirmaciones y su entraña significativa es, a mi juicio, ésta: el *Vocabulario* es un ejemplo paradigmático de "análisis" y de "síntesis". En efecto. Si entendemos por "análisis" la desintegración controlada que se produce en el descenso de escalas en las que se van aplicando normas a operaciones -metodología-, es decir, la operación normalizada por medio de la cual el objeto se va dividiendo en elementos menores, entonces, en el campo de la teoría y de la crítica, el análisis es un recorrido en dirección contraria a la del proceso de creación. A mi juicio, éste es exactamente el panorama que se contempla cuando uno se asoma al *Vocabulario*, y el concepto formal de método es suficiente por sí solo para explicar el espectáculo: el texto poético hernandiano ha sido estratégicamente desintegrado -"analizado"- y se presenta como el resultado de un ordenado desmontaje, realizado, a lo que parece, para levantar un concienzudo inventario de todos y cada uno de los materiales, escrupulosamente clasificados y valorados -tanto en su condición entitativa, como en cuanto al diseño funcional que el poeta les reservaba y para el que los diligenció de una forma única, particular, irrepetible, intransferible, y "despiezable" tan sólo en un contexto estratégico que es el aludido-. Hay, pues, dos amplias operaciones analíticas en el *Vocabulario*: una, cuyo objetivo es la voladura del texto poético de Miguel Hernández en su conjunto, y la recogida de los fragmentos resultantes en la red de otro texto alfabéticamente urdido para que no se pierda ni uno solo de los fragmentos; y otra, el sometimiento cuidadoso de cada uno de los fragmentos a la luz del estudio y de la investigación que están pidiendo, en cuanto fragmentos individualizados, por una parte, y en cuanto fragmentos

pertenecientes a un todo, por otra. Basta abrir el *Vocabulario*, en cualquiera de sus páginas, para, supuesto un lector avisado, darse cuenta de la presencia de estos dos tipos de análisis y de su pertinencia y fecundidad metodológicas. Pero ocurre que, por debajo de cierto nivel, el concepto y la aplicación del método analítico ya no son ilimitados ni la suficiencia que parecen tener es verdadera. No. Ya no es así, porque el "descenso" (analítico) tiene que finalizar en una determinada escala -o nivel- por debajo de la cual, o los análisis son ya imposibles, o resultan inútiles, o se salen del campo de la ciencia que se pretende hacer. Por consiguiente, ésa es la escala desde la que hay que reconstruir racionalmente lo antes "destruido" -deconstruido- estratégicamente, es decir, desde la que hay que remontarse hasta el punto de partida, trepando -no ya descendiendo- por las cuerdas del análisis. Esta difícil operación es la "síntesis": su finalidad es devolvernos íntegro -pero ahora comprensible- el texto primero del que arrancó el análisis; y el hecho de devolvérselo es la prueba, necesaria siempre, de que la síntesis ha sido alcanzada, pero, también, de que lo ha sido justamente porque los análisis previos estaban bien hechos. Es patente, por tanto, que la dialéctica "análisis/síntesis" verifica el ya mentado carácter científico -tanto a niveles teóricos como prácticos- del *Vocabulario*.

#### *Anotación tercera*

¿Por qué la autora ha organizado su trabajo de la manera que, lenta y elementalmente, vamos descubriendo en -a través de- la forma definitiva en la que nos es presentado? Yo creo que la *intention auctoris* es un secreto de estado y de identidad: imposible, por tanto, de conocer. Pero existen hechos, datos -tal vez indicios o, quizá, hasta signos-, siempre etiquetables como pragmáticos, que justifican el producto real, concreto y tangible, y que, incluso, nos curvan a pensar que la intención del autor, sea la que fuere, es siempre legítima, tanto objetiva como subjetivamente -contagian-do ese subjetivismo al "sujeto" receptor, que da por bueno lo previo y anterior, si el producto final y acabado le convence y satisface-. Pues bien, según creo, uno de esos hechos, datos -tal vez indicios o, hasta signos-, y no el de menor relevancia, es la *interpretación* -de la obra poética de Miguel Hernández, claro está-. Aparte de que la interpretación, entendida de una manera muy general, es una actividad humana continua que puede identificarse, de forma difusa, con la "teoría del conocimiento" -y en estas ideas sigo al Prof. Domínguez Caparrós en una reciente obra-, y de que es, en un nivel más bajo de generalidad, un tipo de actividad indagadora propio de las llamadas ciencias humanas o del espíritu, es también -y en campo más restringido- el modo que ciertas disciplinas tienen de tratar los textos escritos, constituyéndose en una constante de los estudios literarios: en este campo, "crítica" e "interpretación" son términos sinónimos. La interpretación, por consiguiente, exige un conocimiento, implica una investigación, y

postula un juicio valorativo. Que estas tres actividades -con la serie de operaciones que les son propias- están presentes en el *Vocabulario* que nos ocupa, no es preciso demostrarlo porque a la vista de cualquier iniciado está. Me permito, no obstante, hacer que avance a primer plano un detalle que, a mi juicio, nos autoriza a decir, con una sola palabra, qué es este libro. Me place la palabra *auxilio*, aunque bien pudiera escribir también "ayuda", "asistencia", "socorro"... Prefiero "auxilio". Véase por qué. *Auxilium*, en singular, significaba todas estas cosas entre los romanos; y, en Virgilio, también "prevención o preparación de todo lo necesario para viajar con comodidad". Pero en plural, *auxilia* significaba, en el lenguaje militar, "tropas auxiliares", es decir, las que acompañaban a las legiones para atenderlas en todo lo que una buena expedición organizada precisaba, desde la intendencia hasta las armas, animales, etc., y la logística en general. Era impensable un buen ejército -y, en consecuencia, un buen soldado- sin unos buenos *auxilia*. Así pues, este *Vocabulario* es, a mi modo de ver -y después de haberlo usado- un *auxilio* -mejor sería escribir unos *auxilia*, pero las concordancias rechinan en castellano-, un *auxilio* imprescindible para el ejército, numeroso o exiguo -la cantidad no importa aquí-, de lectores de la obra poética de Miguel Hernández.

¿Por qué y cómo "auxilia" este *auxilio*? De manera escueta, yo contestaría que, ante todo, *auxilia* porque está empapado del agua de la Tradición, que nos viene y llega en riada desde muy lejos. Efectivamente: el examen atento del *Vocabulario* delata que, en conjunto y en cada entrada, es un mecanismo que funciona conectado con la *paideía* griega y con la *educatio* latina. Tanto una como otra eran corrientes activas de "enseñanza", de "educación". Pero, ni en la "enseñanza" ni en la "educación" pretendía el maestro extraer de sí mismo e introducir en la personalidad del alumno conocimientos y saberes únicamente; al revés, lo que hacía era ayudar, *auxiliarle* para que él mismo -el alumno- lograra sacar -que eso significaba *educere*, como *educare* significaba criar-, hacer salir de sí lo mejor que en/de sí mismo tenía. Pongamos, en nuestro caso, lector de Miguel Hernández, en lugar de "alumno", y constataremos cómo funciona este mecanismo. Cada lectura, asegurada por/con los *auxilia* del *Vocabulario*, será más perfecta que la anterior y menos que la siguiente. Este *Vocabulario* tiene la fuerza obedencial suficiente para convertir lectores "ingenuos" -incluso no lectores hasta ese momento- en lectores "normales", y también para convertir lectores normales en lectores técnicamente "modélicos"; y ello, porque la competencia que cada lector -de poesía aquí- tiene es auxiliada y potenciada por la competencia del *Vocabulario*. Se trata de una competencia que tiene nombre: no es otro que la "mayéutica" socrática, en cuya virtud no se trata tanto ni tan sólo de que el lector haga -hace-preguntas al *Vocabulario*, cuanto, y sobre todo, de que el *Vocabulario* mismo formule -formula- preguntas implícitas al lector y éste las pueda -puede-

contestar. Evidentemente, para que este curiosísimo fenómeno pueda acaecer es necesario que el *Vocabulario* y el *corpus* de Miguel Hernández sean, por así decirlo, una cosa sola, o, lo que es lo mismo, dos textos tan hipostáticamente unidos que constituyan/sean, por naturaleza, un único texto, aunque sean dos textos por personalidad. Y ocurre que esto es así porque nada del texto de Miguel Hernández es ajeno al texto de Marcela López, ni viceversa. A mi juicio, queda, pues, meridianamente clarificado que el *Vocabulario* es un instrumento de eficacísima "ayuda" -*auxilio*- para una lectura ejemplar y gozosa. Y, por tanto, para una comprensión profunda. Porque toda lectura es "interpretación".

#### Anotación cuarta

Reuniré en esta última anotación unas notas, muy diferentes en apariencia, pero que, en conjunto, complementarán las tres anotaciones anteriores e irán preparando el cierre de esta reseña. He aquí las notas:

1ª) ¿Puede decirse que este *Vocabulario* sea/es una obra artística y estética? Respondo. Si entendemos el arte en el sentido griego de *techne* -es decir, como un conjunto de reglas que, adecuadamente aplicadas a/en la elaboración/ejecución de un objeto determinado, hacen que el resultado/producto final de las operaciones realizadas sea un objeto/producto "técnicamente" bien hecho/acabado-, entonces, el *Vocabulario* de Marcela López es, con lógica seguridad, una obra artística, porque pone de manifiesto, en su misma hechura, un trabajo metódico y ordenado -imposible, por cierto, de ser justamente ponderado en su inmensidad sin límites de empeñado esfuerzo-, un tiempo -también sin orillas- económica y rentablemente invertido en el proceso de elaboración, un "oficio" bien aprendido y aplicado en el empleo de los materiales, y una destreza a toda prueba en el manejo de los instrumentos más idóneos para manipular regladamente esos materiales. Otro cantar es la elucidación de sí, además de artístico, el *Vocabulario* es también estético. No habrá dudas de ello para quienes equiparen "arte" y "estética". Pero, si se entiende la estética como la experiencia que el individuo vive al ponerse en contacto -por medio de sus sentidos externos o internos- con un objeto concreto -de ordinario "ya" artístico, si bien esto no es necesario porque los objetos naturales, sin ser artísticos, por no poder serlo, sí pueden, sin embargo, provocar el goce estético-, en este caso, la esteticidad del *Vocabulario* dependerá de la sorpresa y emoción que provoque y que sean experimentadas y vividas por el sujeto que contacte con él. A este propósito, yo afirmo no creer en eso de que sobre gustos no hay nada escrito, como se suele decir; pienso, por el contrario, que todo lo escrito se ha escrito sobre gustos, y que sobre gustos se sigue escribiendo. ¿Sobre qué, si no, estoy yo mismo escribiendo ahora?

2ª) El libro ha sido escrito por una mujer. No conozco ningún otro trabajo suyo. Ni sé si lo tiene o no. En todo caso, le basta éste para tener bien

asegurado un puesto importante y provechoso en la historia de la crítica filológica española: estoy seguro de que este *Vocabulario* será un "clásico" en la bibliografía hernandiana; no hace falta ser un adivino para tener esa seguridad. Insisto: crítica de mujer. Y matizo: no crítica feminista. Porque ni el trabajo, ni la ciencia, ni el arte, ni la técnica tienen género. Conviene, por lo que se ve y se oye y se lee, no olvidar esto nunca y recordarlo en alta voz, o en letras de molde, de cuando en cuando.

3ª) La presentación física del libro es excelente y en ella están cariñosamente cuidados todos los detalles, desde la acentuación de las mayúsculas -algo que una silenciosa pero activa conjura parece querer raer, en descarado desdén hacia la norma académica-, hasta los diferentes tipos de letra y su nítida impresión sobre un papel levemente ahuesado. Dato anecdótico: sé la maldita gracia que hace, cuando el celo por la exactitud y por la pulcritud es de alta temperatura, encontrarse en el recinto de la letra con algún diablillo disfrazado de gazapo... No hay alarma de erratas en el libro. Por eso, llama la atención y provoca una sonrisa comprensiva el hallazgo de esas definiciones "más *exactas*" de la página 11, línea 6ª, empezando a contar por abajo. Es una anécdota de las de "mecachis"...

### Final

Cómo y por qué la escritura de estas líneas mías se ha demorado tanto, es avatar cuya explicación nada tiene que ver con el objeto de la escritura misma, aunque sí con el sujeto escribiente. Ahora es noviembre de 1993. Tarde de niebla espesa y húmeda. Se me ocurre pensar que lapso tan dilatado de tiempo, tendido como un puente de un año a otro, confirma la objetividad tozuda de mis impresiones personales, en el sentido de que el libro sobre el que me he detenido en estas páginas se coloca, con exacta precisión, en esa línea fronteriza en la que el tráfico bibliográfico sobre la obra poética de Miguel Hernández se adensa e intensifica. Sencillamente dicho: en la bibliografía hernandiana hay un "antes" y habrá un "después", precisamente porque en la frontera misma se yergue una señal, por gala partida en dos: *Stop* y *Dirección obligatoria*. Esa señal es un hito. Ese hito es el marmóreo *Vocabulario* de Marcela López Hernández. Ni que decir tiene que, para mí, esa señal -ese hito- es, también, la llave de oro que me abre las puertas de un jardín cerrado en el que me adentro, a sabiendas de que en él voy a encontrar flores nuevas y frutos impensados y ciertos porque en su solar ameno está amaneciendo -ha amanecido ya- una temporada nueva. ¿Verdad, Miguel?